

Programa Graduado de Demografía



CIDE

Recinto de Ciencias Médicas
Programa Graduado de
Demografía

**CENTRO DE
INVESTIGACIÓN
DEMOGRÁFICA**

LOS CATOLICOS Y LA PLANIFICACION DE LA FAMILIA

Discurso de John Rock, M. D. en la Novena Asamblea Anual
de la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia,
celebrada el 11 de noviembre de 1963 en el Hotel Condado,
San Juan.

**ASOCIACION PUERTORRIQUEÑA PRO BIENESTAR
DE LA FAMILIA**

LOS CATOLICOS Y LA PLANIFICACION DE LA FAMILIA

Esta es sólo mi tercera visita a la bella isla de Puerto Rico. Me siento encantado de estar aquí nuevamente, y considero un alto honor el que me hayan invitado para este acto.

Como católico y como ciudadano de nuestra nación, la más rica y más humanitaria que jamás la civilización haya producido, siento una profunda obligación personal de hacer todo lo que esté a mi alcance, para proteger a la humanidad de la amenaza mortal que confronta tanto el catolicismo como nuestra cultura cristiana. Me refiero al veloz crecimiento poblacional en nuestro ya pequeño planeta. Después de todo, de no haber sido mayormente por las actividades de salud pública que hemos desarrollado por todo el mundo, actividades que han eliminado las causas históricas que periódicamente han detenido el crecimiento poblacional: las epidemias, las hambrunas y las guerras - no estaríamos hoy ante este peligro inmediato. En América Central y América del Sur, particularmente, existe una amenaza mayor: las enseñanzas de los sacerdotes, que hace tiempo han debido ser modificadas, las cuales imponen a un hombre y su mujer, el tener todos los hijos, según el decir de los sacerdotes, que Dios quiera mandarlos.

Debemos darle gracias a Dios y darle nuestro mejor apoyo a la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia y a la Iglesia Católica. Sin la primera no sabríamos cómo ni dónde empezar. Sin la segunda careceríamos de una norma directiva oficial que nos indique cómo practicar, en toda su fuerza, nuestro catolicismo salvador, para restringir nuestra fertilidad bestial y para educar a nuestros hijos en nuestro instinto sexual verdadero que nos ha sido dado por Dios así como la "ley natural" que lo gobierna.

Consideremos ahora algunas ideas directrices claras sobre esta materia, procedentes de autoridades oficiales de la Iglesia. El benedictino profesor en la Universidad Católica de Washington, Dom Gregory Stevens, dice: "La procreación ilimitada no es un ideal moral sino una mera irresponsabilidad porque la familia debe proveer prudentemente para el bienestar futuro de los hijos, tanto espiritual como físico. La Iglesia considera que el objetivo primario de la institución natural del matrimonio es la paternidad responsable."

Refiriéndose a algunas responsabilidades sociales específicas de los padres, dice Dom Gregory: "La familia debe tomar en cuenta la presente y la probable futura condición de la sociedad. Esto es imperativo tanto para el bienestar de los niños en sí, como para el bienestar común, al que estamos todos estrictamente ligados, para lograr algo de lo que llamó Santo Tomás "justicia general".

En 1951, el Papa Pío XII, refiriéndose a la reproducción, dijo a las comadronas de Italia: "El matrimonio obliga a un estado de vida que aunque conlleva ciertos derechos, también impone la realización de una labor positiva relacionada con ese mismo estado de vida."

Sobre la obligación de hacer esta contribución, dijo el Papa: "Es posible estar exentos de esta obligación por un largo período de tiempo y hasta por todo lo que dure la vida matrimonial si existen razones serias, tales como las que aparecen a veces en las indicaciones médicas, de carácter eugénico, económico y social.

Declaraciones como éstas (y hay innumerables de ellas de muchos teólogos que aunque no tienen la autoridad del Papa, se les reconoce competencia para hablar en nombre de la Iglesia) hacen bien claro, que una buena pareja católica hace mal, a sabiendas, si trae al mundo un hijo cuyo bienestar físico y mental, no esté totalmente asegurado. Los padres pecan al concebir, si un nuevo hijo perjudica a la familia o a la sociedad. En la actualidad, esta es la sana doctrina católica, aunque a muchos de nosotros, cuando pequeños, nos enseñaron una cosa distinta, en muchos aspectos, opuesta a ésta.

Y no nos asombremos ahora: en *El Piloto* del 2 de noviembre de 1963, el Semanario diocesano del Cardenal Cushing, Arzobispo de Boston, encontramos la autorizada declaración de Monseñor George W. Casey diciendo que prevalecen entre nosotros dos aseveraciones postuladoras que son falsas:

una, "que la Iglesia nunca puede equivocarse", la otra: "que nunca puede cambiar". Nos recuerda entonces que el Papa Juan convocó al Concilio Ecuménico para reformar la Iglesia, lo cual implica que necesita reformarse. "La Iglesia debe cambiar" dice Monseñor Casey, "justamente para mantener su sitio; los problemas nuevos no pueden resolverse con soluciones viejas, necesitan nuevas soluciones". Y continúa "en relación con el crecimiento poblacional, si no queremos que el resto del mundo nos ignore, tenemos que hacerle frente; nuestra contribución no puede seguir siendo, negar que existe el problema, arrojar insultos sobre las personas que lo ponen sobre el tapete, y prender medallas a las familias grandes. Tenemos que ofrecer algo positivo".

¿Qué debe significar esto para nosotros en vista del dictado del Papa Pío XII, que en 1931 hizo este pronunciamiento en su encíclica Casti Connubii: "Cualquier uso del matrimonio ejercido en tal forma que el acto frustre deliberadamente su poder natural de generar vida, es una ofensa a la ley de Dios y a la de la naturaleza, y aquellos que así lo practiquen, están marcados con el sello de un grave pecado." Como ha señalado el padre Antonio Zimmerman, los pronunciamientos papales, aunque se clasifiquen como no infalibles, deben ser recibidos con respeto. A ellos, sin embargo, el hombre razonable, con conciencia limpia, debe, con toda humildad y reverencia, aplicarles su sentido común. Haciéndolo así, hoy o mañana, deben tener presente la advertencia del conocido jesuita eclesiólogo Padre Gustavo Weigel: "La Iglesia, (y esto significa nosotros) aumenta su conciencia sobre la verdad revelada y en ese sentido hay una evolución y esa evolución se manifestará externamente por el progreso de las afirmaciones dogmáticas."

A nosotros nos enseñaron reglas sobre el sexo y nos decían que eran expresión de la "Ley Natural", por ejemplo, las leyes que estaban implícitas en el sexo humano tal como Dios lo hizo. Como Dios hizo el sexo humano tal como es, estas leyes que gobiernan su función son leyes de Dios. Por lo tanto, el sexo debe ser usado sólo de acuerdo con estas leyes, que ni aún el mismo Dios Omnipotente podrá cambiar, si El lo hiciera, se nos dice, El estaría siendo falso consigo mismo o por lo menos estaría admitiendo que sus leyes son defectuosas. Esto es inconcebible para el que tiene fe en Dios.

¿Por qué Dios dió al Hombre y sólo al Hombre, inteligencia y ¿por qué Dios dió al hombre, entre todos los ani-

males, lo que los griegos llamaron *Sindéresis*, y que Aquino definió, según creo, como el conocimiento innato o sentido de la bondad intrínseca? ¿No es esto, por lo menos, similar a la base de lo que nosotros llamamos sentido común?

No tenemos récord de declaraciones explícitas hechas por Dios sobre la naturaleza del sexo humano. Para saber lo que El pensaba sobre esto, tenemos que usar el intelecto que El nos dió, poniendo las cosas percibidas dentro de la mezcladora de nuestra mente, dando vueltas a la manivela de la razón, cuidadosa y diligentemente, y al fin, aceptar sin miedo, con humildad, reverentemente, y sin prejuicio, lo que la razón nos dicta. De eso está hecha la ciencia. Esta es la forma en que el mortal corriente llega a conocer la mente de Dios.

Cuando la acción se hace imperativa, aunque desconozcamos los hechos, podemos guiar nuestras acciones sólo por las teorías pertinentes de lo que es correcto sobre la Ley de Dios las cuales tenemos a nuestro alcance. En nuestra mayor ignorancia nos agarramos a los preceptos que nos han enseñado los más sabios y mejor informados que nosotros. Hasta tanto estos maestros nuestros conozcan los hechos, nos ofrecen lo mejor que tienen. De eso está hecha la teología moral.

Cuando la ciencia se hace accesible, nuestros maestros destilan estas teorías en el fuego de los hechos, y de lo destilado obtienen una conciencia más exacta de la Mente de Dios y de las teorías revisadas nos ofrecen preceptos más correctos de la "Ley Natural." Nosotros mismos, solos, somos responsables de nuestras acciones; aplicamos a estos preceptos nuestro bien informado poder de razonar, de modo que ganemos esa prudencia que es la materia de que está hecha la conciencia.

Estamos moralmente obligados a obedecer a nuestra verdadera conciencia libre de simpatías o prejuicios. En otros sitios he manifestado lo que entiendo por una conciencia católica. Para mí, esta conciencia está propiamente formada por pronunciamientos infalibles del Papa, y por la aplicación, humilde y reverente, del sentido común a las enseñanzas de la Iglesia, inspiradas, pero a veces oscuras.

Después de una formación correcta, el hombre honrado y bien intencionado, consulta con Dios directamente y sin intervención de nadie. Es algo como la línea directa de comu-

nicación entre Kruschew y Kennedy sin operador que intervenga, excepto quizás un traductor totalmente objetivo y exacto. Entre Dios y nosotros, aún esto es generalmente innecesario. He conocido a dos o tres personas que han malinterpretado seriamente la constestación de Dios a las preguntas que le he enviado a través del hilo de mi conciencia.

La ciencia ha contribuido con muchos datos sobre la naturaleza del sexo humano, desde que los primeros Padres de la Iglesia teorizaron sobre sus propósitos. Aunque de manera poco clara, sus predecesores habían visto al Hombre como un animal y que como las otras bestias, para reproducirse, tenía que copular de manera parecida a la de ellas. Aunque ahora sabemos que algunas hembras de algunos monos antropoides, ocasionalmente, provocan al macho para que les permita comerse parte de los guineos de su desayuno, para los primitivos era natural ver en la reproducción la sola y única razón para la cópula en los animales.

Por fuerza, para las mentes teorizantes de los maestros que siguieron a los Apóstoles, la reproducción fue también el propósito humano del sexo humano. Sabían muy poco o nada sobre biología pero ya, como sucedía también en las religiones politeístas cristianas del Oriente, el sexo se situaba en unión con el amor, y que así mismo, el amor se aumentaba mediante la unión sexual. El sexo, desde bien temprano, adquirió otro propósito que el de la reproducción: vino a ser la expresión máxima, así como la plena realización del amor. Para el teólogo, sin embargo, la reproducción siguió siendo el fin primario superior del coito, y al amor se le concedió un sitio inferior y secundario.

La esencia del sacramento del matrimonio es el casamiento, y el casamiento se considera incompleto sin la consumación: el coito. De este modo el casamiento adquirió los mismos fines primarios y secundarios que corresponden a la relación sexual.

Adviertan, sin embargo, que nuestro difunto Papa Juan, nos instruyó que aunque la reproducción debe llamarse el fin primario y la expresión del amor el secundario, ambos son equivalentes en el casamiento y uno no debe sacrificarse al otro.

Así, refiriéndose a la igualdad de fines, vemos que la correlación de los datos científicos relativos al impulso copulatorio humano y el amor, permitieron a los teólogos definir más claramente la naturaleza del coito humano en contraste con la cópula de las bestias.

En la integración inseparable del amor dentro del instinto sexual humano, los sociólogos encuentran la fuerza, y los teólogos encuentran la "Ley Natural", que gobierna la familia monógama.

El propósito primario del matrimonio no es la reproducción como tal, sino, según queda expresado en la Ley Canónica, es la "procreación y educación de los hijos". La ciencia de la sociología señala el mutuo amor de los padres y el amor de ambos por sus hijos como necesidades básicas para la debida educación de los hijos, para hacer de ellos adultos saludables y bien informados, y los teólogos descubren la voluntad de Dios de que la reproducción está incompleta sin la educación de los hijos procreados.

Aparentemente, en la evolución de la etapa primitiva del individuo salvaje a los grupos sociales, la unión prolongada de un hombre y una mujer en afecto mutuo, se encontró que ofrecía la satisfacción más grata de los dos componentes del sexo humano: el impulso copulatorio y el amor. En el instinto sexual característico de los humanos, el amor entre el hombre y la mujer, se encontró, universalmente, que abarca también el amor a los hijos. Esta es la razón de la familia monógama que se impuso en el mundo entero, de toda la gente, ya sean negros, blancos, morenos, rojos o amarillos.

En otro sitio ya he escrito lo siguiente: La pluralidad de esposas o esposos, como en la poligamia o la poliandria, es característica de unas pocas de viejas y aisladas culturas, como es el caso del prestarse o intercambiarse esposas. Estas aberraciones se deben usualmente a una rara disparidad en el número de adultos varones o mujeres, o en la disponibilidad de muchos de ellos como compañeros sexuales. Las costumbres tribales que surgen de conceptos equivocados sobre la fisiología de la menstruación, la preñez o el coito mismo, traen estas faltas de balance de algunos grupos; en otros las necesidades militares y económicas pueden ser la causa.

La calidad evolucionaria de la monogamia que alcanza su más plena realización en el hombre, se comprueba por su apariencia rudimentaria en algunos animales inferiores. Es bien sabido, por ejemplo, que los cisnes establecen hábitos de aparejarse por largos períodos y retienen a sus pequeños por muchos meses después que ya ellos han aprendido a valerse por sí solos, pero esto lo hacen solamente hasta que nace la nueva cría de cisnes. Entonces, los del año anterior, son prontamente abandonados. La estructura de la familia se

ve todavía más clara en el pequeño mono gibón, porque ambos padres, leales entre sí, mantienen su preocupación por el hijo que ya han tenido, mucho después de haberse añadido otros hijos al grupo.

El amor mutuo de marido y mujer, así como su amor por los hijos, es tan parte de su instinto sexual como lo es su impulso de cohabitar. Las exigencias físicas que surgen espontáneamente en sus órganos genitales para el relajamiento de las tensiones, pueden ser satisfechas mediante la acción solitaria apropiada. Pero tal desahogo de una necesidad puramente física, aunque agradable, dista mucho de la satisfacción del instinto sexual humano. Igualmente inadecuada es la relación no sexual del amante platónico, no importa lo estrecho que sea el contacto en cuerpo o mente. Aún el coito completo entre dos individuos que no están unidos por ningún lazo emocional, no logra alcanzar las alturas del éxtasis del mutuo orgasmo con amor.

Pero aún el coito plenamente satisfactorio de dos que se aman, deja el instinto sexual humano incompletamente expresado e insatisfecho, cuando no hay hijos a quienes amar y educar. No es una mera adhesión a un patrón cultural lo que hace de la adopción una práctica tan común. Es una necesidad que nace del instinto sexual. De esto también vemos vestigios ocasionales en animales inferiores. La perra que pierde su cachorrito está siempre dispuesta a coger al primer pequeño disponible de cualquier otro animal.

Por ahora, suficiente sobre la familia. ¿Y qué hay sobre el catolicismo? Permítanme decirles que voy a continuar hablándoles como un ginecólogo aunque católico. Los inspiradores y sabios patriarcas propagaron sin adulteración las sencillas palabras de Cristo como fueron fielmente repetidas por los apóstoles, de manera que el cumplimiento de su mandato de enseñar a todas las naciones se continuara por los sacerdotes hasta que El volviera. Su preocupación durante los primeros 400 años fue principalmente con la fe, la esperanza y la caridad; la verdad, tal como cada cual la viera, y la justicia, de acuerdo con las más altas normas de su época. Igualmente importante para los primeros Padres de la Iglesia, fueron las virtudes más generales, implícitas en la revelación. Los seguidores inmediatos de los apóstoles, atendieron también a la estructuración de la Iglesia de Cristo, la metodología de unir a todos los fieles en un grupo religioso capaz de perdurar por todos los tiempos, de profesar y diseminar la palabra de Dios. Mucho de su esfuerzo hacia este fin, fue dedicado al reconocimiento y a la explicación, (hasta donde

tiene explicación un misterio) del alma humana, de la Trinidad y de la Iglesia como el cuerpo místico de Cristo.

Se dejaba a los escolásticos, tanto legos como ordenados, la tarea de propagar la filosofía y la teología, principalmente de San Agustín y San Gerónimo. De lo que estos Santos sabios podían discernir de la naturaleza, los escolásticos elaboraban reglas de moralidad personal. Se nos ha enseñado que éstas se derivaban de la "Ley Natural". Después de Constantino, y más generalmente durante el segundo milenio después de Cristo, las reglas de la "ley natural" se hacían cumplir en la tierra bajo la autoridad de la jerarquía cristiana, los sucesores apostólicos escogidos por poder divino.

Es por esta sucesión de fieles y eruditos seguidores, y maestros de la revelación básica de Cristo, que la Iglesia extendió su ortodoxia básica dentro de la tradición, que en esencia, significa algo que debe ser aprendido y transmitido.

En el tercer cuarto del siglo 13, Santo Tomás de Aquino resumió los fundamentos de nuestro catolicismo y bosquejó los principios de moralidad que emanaban de ellos. A éstos se adhirieron estrictamente la mayor parte de los teólogos moralistas católicos. Guiados principalmente por ellos, los obispos nos pasan las reglas de la Iglesia, inclusive aquellas que se relacionan con el matrimonio, el sexo y la familia, y atribuyen su origen a la "Ley Natural".

He hecho esta breve incursión por una senda histórica porque me lleva directamente a mi tema: **El Catolicismo y la Familia**. La revelación judaico cristiana contribuye mucho a sustanciar la familia monógama como la norma ética. Desde el principio, la tradición ha perpetuado y ha fortalecido este concepto, habiéndosele concedido al celibato una aprobación seperada. La Iglesia enseña que sólo en el matrimonio monógamo es que puede expresarse moralmente el instinto sexual del hombre. Además, hasta ahora ella ha estipulado que al usar la función sexual ni el marido ni la mujer pueden de manera lícita, ni directa ni indirectamente, evitar el resultado reproductivo de tal uso. El Papa Juan, sin embargo, enfatizó el deber de cultivar y expresar el amor mutuo que es intrínseco al sexo humano.

La monogamia es pues un producto que ejemplariza la totalidad del sexo humano. El fin o propósito primario de todo el instinto sexual es la familia monógama. Esto hace ilícito, malo, pecaminoso el usar y aún dejar de usar el sexo, en

alguna otra forma que rebaje, que debilite, que viole la monogamia.

La monogamia es la medida por la cual podemos determinar la propiedad de actos tales como la masturbación, el adulterio, las relaciones premaritales, y yo añadiría, la continencia dentro del matrimonio.

Yo opino que el matrimonio monógamo puede ser considerado el estado sexual natural para los adultos humanos que no han sido llamados al celibato. Sin embargo, no es necesario enfatizar el hecho de que el uso sano del sexo, con expresión y cultivo del amor no restringido, es muy posible que resulte en más hijos de los que la mayor parte de los padres puedan criar y educar con amor; y sin embargo, esto último es el deber que les ha impuesto Dios.

La tasa de crecimiento poblacional, aún en los Estados Unidos, es peligrosamente alta. En muchas otras partes de nuestro hemisferio es tan alta que es posible que destruya la cultura prevaleciente. Es tan obvio como la luz del sol el requisito de que en los buenos matrimonios católicos debe emplearse alguna forma de lo que anteriormente había sido estigmatizado tal como el control de la natalidad.

Nosotros, los que pertenecemos a la gran Iglesia Católica, estamos comprometidos a poner nuestra inteligencia al servicio del bienestar de la humanidad. Hacer lo contrario es negar nuestra fe en Dios y nuestra convicción de que Dios hizo al hombre no sólo para que lo amara, sino también para que lo conociera y le sirviera a El en este mundo de modo que fuera feliz con El en el otro. No es sólo estúpido y cobarde, sino también irreverente, el cegar nuestros ojos y cerrar nuestras mentes a lo que El nos presenta bien claro sobre la naturaleza del sexo y sobre nuestra fisiología sexual.

Un método contraceptivo puede satisfacer a algunos padres y ser completamente inútil para otros. Si una esposa puede determinar con bastante regularidad en qué día ha de ser fértil, el método aprobado del Ritmo podrá ser suficiente. Son raras las parejas amorosas que sientan perjudicada su tranquilidad mental y su afecto mutuo por 4 ó 5 días de abstinencia cada cuatro semanas, ya vivan en Boston, San Juan, Calcuta o el Congo.

Pero hasta tanto la ciencia pueda proveer una forma fácil, económica y exacta para que las parejas con menos conoci-

mientos puedan saber, con por lo menos dos días de anticipación, cuándo es que el huevo sería fertilizable, la gran mayoría de los padres tendrán que usar otros métodos, a menos que puedan expresar plenamente su amor mutuo sin relaciones sexuales, porque el amor es un fin inseparable del instinto sexual, como dijo el Papa Juan.

Dios ha hecho a la mujer de tal manera que cuando se ha provisto un huevo para hacer posible la concepción, no se desprenderá ningún otro huevo, hasta que se destruya el primero o nazca un bebé, se le amamante y se le destete.

Esta posposición de la ovulación se logra principalmente por hormonas que son producidas automáticamente por el ovario y más tarde por la placenta. Durante la lactancia plena, la hormona que madura el huevo, queda retenida indirectamente en la glándula pituitaria por la actividad de las mamas.

De otra parte, cuando una nueva concepción pudiera poner en peligro el bienestar de la madre, la familia, y la sociedad, opino que Dios le dio, para captar el verdadero peligro y aprender de la ciencia, con conciencia limpia, cómo evitarlo. Creo que esto debe llevarse a cabo sin violar ninguna de las cualidades intrínsecas de la monogamia. Entre estas cualidades predomina el coito cariñoso, cualquiera que sea la frecuencia necesaria para el bienestar de ella y del esposo y para ponerlo, cariñosa y católicamente, al servicio de su familia.

La inteligencia de la esposa podría permitirle usar las píldoras contraceptivas que posponen la ovulación, y se les deben facilitar. También puede su inteligencia llevarla a elegir métodos contraceptivos que matan los espermatozoides. Ambos métodos han sido prohibidos por la Iglesia porque su uso viola la "Ley Natural" según lo han entendido hasta aquí la mayoría de los teólogos.

Obispos sabios de la Jerarquía, cuyo deber divino saben ellos que es ayudar a todas las gentes a vivir sana e inteligentemente dentro de la ley de Dios, tienen que ser cautelosos al querer mejorar la interpretación de la ley Divina. Pero en el pasado, sin embargo, de tiempo en tiempo, han visto su obligación de cambiar sus propias reglas por una nueva luz que Dios les envía a través de la ciencia, sobre su ley y lo que la "Ley Natural", realmente es.

El conocimiento de hoy de lo que se usa y cómo se usa para

la creación de un nuevo receptáculo para otra alma humana, es tan diferente como eran las nociones de los antiguos padres de la Iglesia y de algunos escolásticos sobre lo que dice el Génesis acerca de la formación de Eva.

Pero hoy ¿qué conocemos de la concepción humana? El huevo, para estar disponible para ser fertilizado, debe primero desprenderse de los tejidos del ovario de la madre y como un cuerpo extraño, que ya no es parte de la madre, ser atraído o empujado hacia un canal en el cual se desintegra, si no se le añade pronto el elemento masculino; si se fertiliza, el huevo permanece como un parásito del mismo canal excretorio hasta que se convierte en un bebé que sigue alimentándose de la sangre materna. Finalmente, sale por el canal en forma de un niño bien amado.

El antes misterioso elemento masculino que le permite al huevo sobrevivir y expresar su potencial de crecimiento, es, como lo era el huevo, meramente una célula desprendida, tres semanas antes, del tejido del testículo del padre.

Junto con otros cientos de millones de células, ésta también se deslizó a lo largo de un canal excretorio, no siendo ya parte del padre, sino sólo un cuerpo extraño con una probabilidad infinitesimal de sobrevivir no más de tres semanas. Sólo si pudiera estar dentro de un huevo, es que podría escaparse a la desintegración completa y la absorción.

Una gran proporción de las células masculinas que se desprenden son lanzadas fuera del cuerpo mediante la acción involuntaria neuromuscular, o flotan hacia afuera en la orina, si no han sido reabsorbidas en las vesículas seminales.

Muchas de las que son colocadas en la vagina, en breve se desintegran y sus elementos son absorbidos por la pared vaginal o consumidos por la flora bacteriana normal que hay en el canal vaginal.

Los molesto con estos detalles biológicos del plan de Dios, solamente para hacerles claro que aunque la Iglesia continuará por siempre haciendo sus reglas de conformidad con lo que en cualquier época ella puede saber acerca de la ley de Dios — con la “Ley Natural” que es inmutable— formulará su doctrina, como lo dice el padre Weigel, adecuadamente para el momento, adecuada a la expresión de la ley de Dios, como la jerarquía humana de la Iglesia pueda conocer esta ley.

La prohibición de métodos corrientes para el control de la

natalidad surge de la mucha teoría y los pocos conocimientos científicos acerca de la fisiología del sexo humano, del coito y de la fertilización, y también del óvulo y del complemento masculino. Siempre he tratado de tranquilizar a los temerosos diciéndoles que no subestimen a la Iglesia Católica. En el peligro inmediato de que se destruya la civilización por asfixiarse la humanidad por su propia fertilidad y por la ausencia de enfermedades, la Iglesia no fallará en la misión que le ha sido impuesta por Dios.

Tampoco fallará al guiar al hombre fuera del peligro con que se enfrenta; ni fallará en proteger al matrimonio monógamo, divinamente instituido, dependiendo como depende, de la libertad de una sana expresión del sexo humano fundido en el amor.